



AÑO XX.

Orihuela 1 de Abril de 1901.

Núm. 423

## Dos clases de ladrones

Refiere una tradicion bastante autorizada que S. Dimas antes de ser Santo, fué un bandido que ejercia el oficio en los bosques de la Palestina, allá por los tiempos en que Herodes no menos bandido que él lo ejercia en el trono. La diferencia entre ambos ladrones consistia en que mientras el bandolero de baja estofa era un ignorante que obraba á impulsos de pasiones brutales, el real ladron, culto inteligente y listo, cometia sus crímenes sabiendo perfectamente lo que se hacia.

Las causas de estos dos malhechores iba á juzgarlas un dia el tribunal divino de modo muy distinto.

La infancia de Jesucristo así en lo que la tradicion refiere como en su parte histórica, ofrece los primeros hechos del sumario.

No bien nació Jesus, verdadero rey llamado á reinar por todos los siglos, Herodes que conocia perfectamente los vaticinios de los profetas sintióse mordido en el corazon y en vez de ahogar la vivora del orgullo con el racionio que podia prestarle su talento, discurriendo que si el Mesias verdadero habia de reinar en vano serian sus esfuerzos para impedirlo, dióse á inventar la manera de quitarlo de en medio y adoptó una resolucion digna de sus redaños: la de degollar á todos los niños nacidos en aquellos dias.

La medida se puso en practica y la Sagrada Familia tuvo que emprender, para salvar al Divino Infante, una penosa peregrinacion á traves del desierto en que Dimas cometía sus fechorias.

En uno de aquellos dias, el facineroso apostado en el camino acechaba la presa como la acecha el tigre, cuando al caer la tarde vió atravesar los arenales con muestras de gran fatiga á un varon y á una joven llevando en sus brazos á un niño preciosísimo.

Los viajeros llevaban algun equipage;

la vara de S. José no parecia arma que pudiera ofrecer resistencia; el golpe era facil pero... ¡ah! la mirada de aquel niño y de aquella muger eran tan dulces, tan simpáticas, que el bandolero se sintió dominado por la ternura.

Poco despues la Sagrada Familia era recibida en la guarida de los bandoleros del desierto y allí era repuesta de las fatigas que le hacian sufrir los bandoleros de la corte.

Al dia siguiente antes de continuar su viage, la Virgen María dió las gracias al ladron que tan piadosamente se habia mostrado con ella y le aseguró que algun dia recibiría la recompensa.

Mas ¿como iba á ser esto?

Dimas por rigor de justicia estaba llamado á morir algun dia en una cruz: la recompensa por este lado no se veia.

¿Seria indultado?

Sus hazañas no hubieran sido obstáculo, pues entonces como ahora los Barabases eran declarados libres por sufragio universal, mientras los inocentes eran crucificados para satisfacer las corrientes de la opinion adobada en la fábrica de los Anases, Caifases, y compañía; pero la recompensa tampoco estaba ahí.

¿Dónde estaba?

Pronto lo veremos.

Treinta y tres años hacia que Dimas habia albergado en su cueva al Hijo de Dios, y el famoso ladron preso y condenado á muerte esperaba la hora del suplicio, cuando todo Jerusalem se conmovió con la llegada de un hombre extraordinario que unos decian ser el Mesias verdadero y otros un impostor. La doctrina de aquel hombre era purísima, sus hechos admirables; de sus manos brotaba la salud y la vida; su boca era un manantial de sabiduria. Y sin embargo los sabios, los ricos y hasta los sacerdotes le volvian la espalda ó le combatian llenos de odio, y solo los pobres le seguian.

Dimas cuyos estudios no habian pasado del arte de desbalijar bolsillos oia estas cosas con la boca abierta, pero el caso

no dejaba de llamarle la atencion. Si aquel hombre era el Mesias verdadero ¿por qué le trataban así?; y si era un farsante ¿para qué tanto ruido?

En esto llegó la hora de la ejecucion, pues no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague; y Dimas fué conducido al calvario en union de otro compañero de armas y rapiñas para practicar la liquidacion de sus maldades, pero al llegar se encontraron con un tercer condenado: el personage famoso: el Profeta discutido.

Pero ¿qué habia hecho aquel hombre?

A Dimas se le metió esta pregunta en la cabeza mientras los verdugos le amarraban á la cruz.

Aturdido con el temor de la muerte próxima no estaba para pensar mucho pero la idea no se le iba. ¿Que habia hecho aquel hombre á quien inhumanamente estiraban los brazos y le atravesaban manos y pies con clavos de hierro mientras á él, asesino de oficio, le ataban con cordeles?

En esto levantaron los palos cargados con los reos y Dimas se encontró cara á cara con Jesucristo.

¡Que figura aquella! ¡Que rostro de dolor! ¡Que expresion de angustia! Y al mismo tiempo ¡que noble resignacion! ¡que suave dulzura!

Dimas sintió germinar en su pecho afectos desconocidos: á su cerebro se agolparon ideas claras como la luz. Y mientras Gestas blasfemaba como un condenado injuriando al divino moribundo y diciéndole: «Si eres el Cristo sálvate á ti mismo y sálvanos á nosotros; es imposible, pensaba él, que este hombre sea un impostor. ¿Quién se deja matar por defender lo que sabe que es mentira? ¿Pero que mentira le mata? No será el título de Mesias porque antes de desecharlo habia que examinar si era legítimo: otra cosa debe ser.»

Entonces levantó los ojos y leyó un rótulo que decia;

INRI

JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDIOS

«¡Ah! con que le matan porque dice que es rey? Pues si es el verdadero Mesias ¿cómo negarle la corona? Y si no lo es y se trata de un loco ¿por qué matarlo de esta manera?»

Entonces hirió su mente un rayo de vivísima luz y en la ruda saña con que asesinaban á aquel inocente vió explicado el enigma.

Aquel hombre era verdaderamente el Hijo de Dios Rey de cielos y tierra, por lo mismo que siendo inocente y hallándose completamente indefenso había tanto interés en aniquilarlo. Nadie destruye lo que no teme, y nadie teme lo que no vale.

«¡Ay!, gritó rompiendo en sollozos de arrepentimiento al sentirse en la presencia del Vervo Divino hecho hombre y muriendo por salvarlo, ¡Ay Gestas! nosotros en verdad pagamos lo que debemos, pero este ¿qué mal ha hecho? ¡Señor! añadió enseguida dirigiéndose al Salvador agonizante: acuérdate de mi cuando estes en tu reino.»

Y oyó que Cristo le contestaba.  
«Hoy mismo serás conmigo en el paraíso.»  
Estaba recompensado.

Y ahora discurramos caballeros.

Hoy, como hace veinte siglos, el mundo reclama otra vez con nueva furia la crucifixion de Cristo Rey en la persona de la Iglesia católica.

Una de dos; ó Cristo es Dios y por consiguiente Rey de cielos y tierra ó no lo es. Si no lo es y su religion es falsa ¿á qué tanto ruido para combatirla? ¿á qué tanta saña? ¿á qué tanta furia?

¿Quién se toma hoy el trabajo de combatir el budhismo, el mahometismo, el fetichismo, ni aun el poderoso protestantismo y el no menos poderoso cisma griego?

Pues todas estas religiones falsas y humanamente poderosas, suman mayor número de adeptos que la religion católica. Y sin embargo nadie se mete con ellas.

¿Por qué pues al catolicismo despojado de influencia política aun entre sus mismos hijos, sin más títulos que su doctrina, sus milagros y su pureza; sin soldados, sin fuerza, sin apoyo material, despreciado de ricos y de grandes, combatido por pueblos y por reyes, imagen viva de Cristo abandonado, despreciado y moribundo se le quiere matar?

¿Qué misterio es este?

¿Es por qué se le teme?

Pues si es cosa falsa ¿por qué se le teme?

Y si es divina ¿en qué cabeza cabe intentar destruirla?

¡Ah! convengamos en que aquí hay un abismo de horrorosa ceguera, de absurda estupidez.

Pecadores todos somos y por consiguiente ladrones; pues el pecado es una defraudacion del amor de Dios.

Pero tratar de robar á Dios cetro y corona; querer acabar con Jesucristo por temor de que triunfe y reine, eso solo tanto se le ocurrió á los Herodes, Anases, Cafases, Pilatos etc.

Y ogaño á los Galdoses, Blascos, Canalejas, Salmerones y demás talentos de la familia liberal.

En una palabra; á los descendientes en linea recta, no de Dimas el arrepentido, sino de Gestas el renegado.

ADOLFO CLAVARANA

PENSAMIENTO

La soberbia es una de las principales causas de la ceguera humana. Por algo se ha dicho que cuando Dios resuelve en su justicia perder á un hombre, antes lo deja ciego.

Pasma ver la ceguera que revelan hoy todos los liberales al tratar el asunto masónico-judaico de la persecucion religiosa. ¡Infelices!

A. C.



Ecce Rex

¡Oh Cristol en esa cabeza  
De roja sangre bañada  
Y de espinas coronada  
Miro escrita tu realeza.  
¡Ah! muy grande es tu pureza;  
Cierta tu estirpe divina;  
Cuando con rabia canina  
La pasión vil y rastrera  
Viéndote de esa manera  
Por temerte, te asesina.

ADOLFO CLAVARANA

VARIETADES

EL GENERALÍSIMO

I

Año y medio hacía que el hijo de un alfarero de la isla de Lesbos, el famoso *Queredin* de nuestras crónicas, á quien la historia conoce con el nombre de *Barbarroja*, se había apoderado arteramente de Túnez, en nombre de Solimán el Magnífico, que le nombró su gran Almirante. Desde el infausto día en que esto ocurrió, la insolencia de los turcos no reconoció limites, y los infeli-

ces cristianos moradores de las costas del Mediterráneo, acabaron de tener descanso.

Europa entera, que atenta primero á las guerras intestinas, y después asola la por el protestantismo, no se había curado de los progresos de turcos y argelinos, miró con espanto el nuevo y odioso peligro, y los que aún conservaban la fe de Cristo con la obediencia á su Vicario, volvieron los ojos al Emperador Carlos V. único que podía librarles de aquella opresión y barbarie que amenazaba dejar en mantillas las más sangrientas páginas del fanatismo musulmán.

Acudió efectivamente el Emperador al remedio de aquel grave daño, y fué espectáculo magnífico el que ofrecieron á principios del año del Señor 1535, todos los puertos de España, preparándose á la guerra contra el turco, y secundada la empresa por Nápoles Sicilia, Cerdeña, los Países Bajos, el Milanesado, los Estados Pontificios, Malta y Portugal. El Rey de Francia fué invitado también á tomar parte en la cruzada, y para mover más eficazmente su voluntad habíale concedido el Papa como al Emperador, diezmo de las rentas eclesíasticas. Pero el Rey Calabro no solo hizo oídos de mercader á las excitaciones del Pontífice y de los Príncipes cristianos; no solo cerró los ojos para no ver el peligro que amenazaba á Europa, sino que dió aviso de lo que se preparaba á Solimán el Magnífico y á *Barbarroja* para que se aperciesen con tiempo á la defensa. Y aun parece ser que les proporcionó más eficaz auxilio, porque es cosa averiguada que cuando los ejércitos imperiales tomaron la Goleta, se encontraron cuatrocientas piezas de artillería, algunas con el res de lis é inscripciones que indicaban proceder de Francia.

Y porque no se dijese que en el entretanto permanecía inactivo hombre tan incansable como Francisco I; mientras los otros príncipes italianos se preparaban para la guerra santa, él intrigaba y solicitaba alianzas y removía obstáculos para romper el tratado de Cambray, contra el cual este era el sistema del Rey Caballero - había protestado en secreto, al tiempo que el Parlamento de París lo ratificaba, como había protestado de igual manera contra el tratado de Madrid, á que le forzó su mala ventura en la famosa rota de Pavia.

Pero no fueron parte estas y otras artes políticas para detener y entorpecer la empresa por que todos suspiraban, y en Abril de aquel año, presenció Barcelona el magnífico espectáculo de ver remidas en su puerto las galeras de Andrés Doria, las naves españolas al mando de D. Alvaro de Bazán y las carabelas portuguesas que á las órdenes del infante D. Luis, cuñado del Emperador, y de D. Antonio de Saldaña esperaban la orden de salida. Nobles, caballeros, soldados y pajes en número de más de veinte mil, discurrían por las calles de la ciudad Condal que parecía resucitada á sus mejores días de esplendor marítimo y supremacía militar, y los escritores de aquellos tiempos no se cansan de ponderar el entusiasmo de las gentes, la gala y ostentación de los ejércitos de mar y tierra, y la maravillosa fusión y concordia de pensamientos y afectos que juntaba en apretado haz á los hombres de tantos países, de distintas costumbres y lenguaje, de diferentes gustos y aficiones, separados mucho tiempo por rivalidades y envidias, y entonces formando un solo corazón al grito mágico de guerra contra el turco!

El Emperador que fué á la cabeza de su gente subió á despedirse de la Reina de Monserrat; una devota y solemnisima procesión en que se sacó de la Catedral el Santísimo Sacramento, llevando las cuatro var-

ras del palio, el Emperador, el Infante don Luis, el Duque de Alba y el Duque de Calabria fué la señal de que la flota iba á darse á la vela, y el último día de Mayo después de oír misa Carlos V en Santa María del Mar, en medio del estruendo de la artillería y del incesante clamoreo de clarines, timbales y trompetas se hizo á la mar la flota desplegadas las banderas, gallardetes y grímpolas.

Once días después arribó felizmente á Cagliari donde se le unió el ilustre D. Alonso de Avalos, Marqués del Vasto con la flota de Italia, y compañías de españoles, teutones é italianos juntándose cerca de quinientos barcos y treinta mil soldados entre peones y jinetes.

El 13 de Junio continuó la armada su viaje, y al siguiente descubrió la costa africana desembarcando las tropas en Puerto Fariña, donde parece ser que estuvo la antigua Utica y levantando el campamento sobre las ruínas de Cartago.

En seguida pusieron manos á la obra, advertidos todos los capitanes de la empresa de aquel proverbio entonces muy en boga:

*el tudesco en campaña  
el itali. ño tras muralla  
y el español á ganalla*

## II

Diez años de vida, si en su mano estuviera cederlos ó retenerlos, hubiera dado Hernando de Alarcón, Marqués de la Valle Siciliana por haber presenciado la salida de la flota del puerto de Barcelona, y sobre todo, por haberla acompañado en su viaje hasta el Africa. Descansando en Italia de las últimas y recientes campañas, llegaron á sus oídos, primero confusamente y después con claridad deslumbradora noticias de los grandes aprestos de guerra que hacía el Emperador y desde entonces se le vió ir y venir inquieto, y no vivir más que para un cuidado; el de saber contra quién se dirigía con tanta furia y presa, la sacra cesárea católica Majestad de Carlos V, en cuyo servicio y en el de sus abuelos había encanecido el noble capitán, oriundo de la nobilísima casa solariega de los Cevallos en Asturias.

—¿Dónde descargará el nublado?—preguntaba muchas veces á sus capitanes y alféreces, entre quien distinguía á su yerno D. Pedro González de Mendoza, sobrino del Duque del Infantado, y á D. Fadrique de Toledo, primogénito del Marqués de Villafra-ca.

—Por esta vez puede dormir tranquilo el Rey Francisco le contestó Mendoza.—No se os presentará nueva ocasión de custodiarle en la cárcel ni de acompañarle en su destierro,

—Ni tampoco de poner á prueba la lealtad española, rechazando sus ofertas y las de otros príncipes y embajadores.

—Desde entonces odiáis vos la diplomacia—terció D. Fadrique de Toledo.

—Si el Emperador nuestro señor oyese el consejo de un viejo capitán, viven los cielos donde más altos esten, que comenzando por el de la Santidad de Paulo III y acabando por el del Rey Cristianísimo, que no consintiera ningún Embajador sino lejos de la corte, cuando menos acreditado en sus palacios.

—¿Son todos acaso, enemigos encubiertos?—preguntó de nuevo D. Fadrique.

—Encubiertos en las audiencias con el Emperador mi señor y con sus secretarios del despacho; que cuando no, más tienen de manifiestos que de encubiertos.

—Quizá lleve razón el Marqués de la Valle Siciliana—le interrumpió otro Mendoza que algún tiempo después había de ser Embajador del Emperador en Roma, y brazo

derecho de las empresas de España—pero tengo para mí que ahora comienza el auge y esplendor de esa carrera, y que tan bien se puede servir á la patria con la lengua como con la espada.

—Mis oficiales y soldados protestarán contra esa afirmación: yo me contentaré con decir que es de más peligroso uso la primera que la segunda.

En estos discreteos tan del gusto de Alarcón, transcurrian los días en Italia, adonde llegó por fin la nueva que agitó las alegrías y enturbió los recuerdos del General afortunado. La guerra iba contra el turco y el ejército de Italia tomara en ella parte principal; pero no á sus órdenes, sino á las órdenes del Marqués del Vasto. Creyóse postergado Alarcón y propuso representar sus quejas al Emperador; pero esperó mejor ocasión, por que no juzgó aquélla á propósito para dimes y piques de amor propio.

Y esperó con buen acuerdo, porque la ocasión no tardó en presentarse.

## III

El ejército sitiador tenía que luchar ante los muros de Túnez contra tres enemigos distintos: la arcabucería y las flechas de los sitiados, el clima, y la estación, allí más rigurosa que en los países más cálidos de Europa.

Del primero salió bien librado, que no en vano los capitanes españoles eran los primeros del siglo y estaban acostumbrados á pelear y vencer; pero había comenzado el verano, y la escasez de agua y las fiebres y el calor abrasante, pedían á gritos un golpe decisivo que diese por terminada la empresa.

Antes de darlos se acordó el Emperador del Sr. Hernando de Alarcón, pues era opinión corriente que “no había en el ejército imperial quien mejor asentase un real, ni trazase con más acierto las trincheras...”

Y he aquí que cuando se creía postergado y olvidado, recibió el Marqués de la Valle Siciliana órdenes del Emperador, mandándole, que sin pérdida de tiempo se embarcase para Túnez con lo más escogido de sus oficiales y soldados.

Hernando de Alarcón recibió mensaje con lágrimas, y en el primer momento fué tal la impresión de la alegría, que se llegó á temer por su salud. Aquella noche no descansó ni permitió descansar á los oficiales de su confianza, dando órdenes, resolviendo dificultades, oyendo el parecer de los más experimentados y arbitrando recursos para el viaje. Cuando al rayar el alba se despidieron de él sus contortulios, dijo el más joven de todos á sus compañeros.

—No hay mozo que resista lo de ese soldado de setenta abriles.

—Pues esto es en tiempos de paz, que cuando monta su vida en pie de guerra, vuelve locos á los enemigos y á sus soldados.

No es mal donaire; pero ya quisiera el Emperador nuestro Señor, tener muchos Alarcón.

—Y ya se contentaría con parecersele el Marqués del Vasto, que quizá haya logrado tan alto puesto por méritos propios y extraños.

—Paz á los ausentes—dijo el más discreto.

Y allí se acabó la conversación, porque en aquel momento apareció Hernando de Alarcón en traje de calle y pronto se dispersó el grupo de oficiales.

Mientras éstos descansaban de las fatigas pasadas y se preparaban á otras nuevas y más recias, Alarcón oyó Misa, preparó su equipo guerrero y estuvo departiendo familiarmente con los soldados que había de llevar en su compañía, y alentando los que mal de su grado quedaban en Italia, espe-

rando noticia del triunfo innegable del príncipe más grande de la tierra.

A los dos días embarcó Alarcón con su gente, y poco tiempo después sosegaba su espíritu: sobrecubierta y sin soltar el anteojo, había divisado por fin el campo del Emperador, todo animación y movimiento.

Habiase divulgado allí la noticia de que iba á llegar el vencedor de Seminara, Terranova y Pavía, y apenas los soldados divisaron á lo lejos la bandera española que flotaba al viento, echaron al aire los sombreros y prorrupieron en gritos de alborozo. El Emperador, el primero en el combate y el primero en la cortesía, se adelantó hacia la plaza para recibir á Alarcón y á su gente.

Entró primero la capitana y en cuanto Alarcón divisó al Emperador, descubrió su cabeza y enderezó su cuerpo encorvado bajo el peso de setenta años, de los cuales 54 se los había pasado batallando y haciendo vida de campamento. Cuando saltó á tierra fué á hincarse ante Carlos V, que no se lo consintió, antes hizo fuerza para que no cumpliera su propósito, y echándole los brazos al cuello díjole con rostro alegre y amoroso:

—Seáis bien venido, Padre mío.

La más viva emoción embargó á Hernando de Alarcón y necesitó en aquel momento de toda su presencia de ánimo y dominio de si mismo, para no llorar á grito herido contestando al fin con frases que respiraban sinceridad, que estaba dispuesto á dar su vida y cien que tuviera por servir á Dios y á su patria, al lado y á las órdenes del Emperador: y sólo sentía que se obscurecía su existencia porque ya no podría emplear otros cincuenta y cuatro años en la guerra, como hasta entonces los gastó con gran alegría de su alma.

Trataron después de lo que atañía á la campaña del momento, y manifestóle Carlos V “su deseo de que reconociese la disposición en que se había sentado el campo, facultándole para hacer en él cuantas alteraciones creyese conveniente... El viejo soldado no se hizo repetir la orden, y después de reconocer las líneas y la Goleta adelantándose con un galeón hasta muy cerca de este fuerte, opinó que debían estrecharse las primeras y tomarse en seguida la segunda, quedando terminantemente prohibido desde entonces cualquier genero de escaramuza.

Fundaba su opinión en que no se contaba con fuerza suficiente para cubrir toda la extensión de las líneas y por lo tanto que algunos puntos no podrían resistir la primera embestida del enemigo. Pero como calculaba que aquella opinión había de molestar al marqués del Vasto que había ordenado las defensas, Alarcón, que aunque renegaba de la diplomacia era diplomático por naturaleza y por experiencia, doró ingeniosamente la pildora, declarando al Emperador y á los émulos del marqués del Vasto, que el trazar una línea de tanta extensión no teniendo gente con que cubrirla, era un ingeniosísimo ardid de guerra por el cual Vasto merecía toda suerte de alabanzas, porque de esa manera se engaña al enemigo aparentando fuerzas superiores. Pero puesto que aquel propósito estaba logrado y había necesidad de dar la batalla porque el enemigo no la rehuía ni la esquivaba por más extensas que fueran las líneas, era conveniente estrechar el campo.

Respecto de la Goleta, Alarcón confirmó los primeros reconocimientos que se hicieron de aquel fuerte, algunos de cuyos parapetos eran muy débiles, los baluartes eran de arena y se desmoronaban con facilidad y mal emplazada la artillería. Todo lo cual añadía nuevas razones á las apremiantes de la estación y de la dificultad en sostener la disciplina en ejército tan numeroso y abigarrado.

Ultimamente fué de parecer Alarcon y asi se lo manifestó al Cesar; que debian suprimirse las escaramuzas, castigando con mano fuerte las desobediencias en este punto, porque estas contiendas, tan conformes con los gustos de la gente moza y deseosa de honra adiestran al enemigo, le advierten y enteran de cosas que deben permanecer secretas, y le quitan el temor.

El emperador aprobó el plan de Alarcon, y el marqués del Vasto, que apreciaba en cuanto valia su competencia, y habia tenido ocasion más de una vez de pesarla en la piedra de toque de la experiencia, se alegró en el alma de aquel refuerzo de calidad que la campaña de Africa recibia con la ayuda de Alarcon y de las tropas que le acompañaron; y en su piedad y en su patriotismo y en su caballeridad, encontró sobrada medicina para la herida que acababa de recibir en el amor propio, y que el estruendo del combate y la satisfaccion del triunfo habian de curar pronto.

IV

Pocos dias transcurrieron desde la llegada de Alarcon á la toma de Goleta, anuncio del feliz termino de la empresa que la cristiandad acogió con un grito de alegría; pero no los desaprovechó el enemigo de todo bien que barruntaba que con aquella victoria habia de sufrir rudo golpe su imperio.

La acogida dispensada por el Emperador á Hernando de Alarcon fué mirada con recelo por los allegados al marqués del Vasto, y aun que éste no consintió jamás en que delante de él se hablase de Alarcon y de los suyos con menos estima de la que merecian, no pudo evitar que los capitanes y alferoces á sus ordenes interpretasen de mala manera su silencio y grandeza de alma. A su vez, la gente nueva que con Alarcon habia llegado se enteró de que inspiraba recelo, y eso bastó para que no desaprovechansen la ocasion de poner en los cuernos de la luna á su general, haciendo odiosas comparaciones de aquellas que segun el principe de nuestros ingenios deben evitarse siempre; de valor á valor, de linaje á linaje, de fortuna á fortuna. Replicaron los del Vasto sacando á colacion historias antiguas felizmente olvidadas de galanteos y atrevimientos de Alarcon, en que alguna vez tuvo que intervenir personalmente Fernando el Católico, mandando al Gran Capitan que desterrase de Nápoles á Hernando; y lo que comenzó con un piquete de amor propio é ingenio, acabó por pesadilla que habia que cortar de raiz si querian evitarse serios disgustos, porque el tiroteo de pullas y donaires se habia convertido á los tres dias en espesa granizada.

Depurados por fin *parlamentariamente* la vida y empresas de Avaes y Alarcon, en que tanto tenian todos que aprender, la contienda que hasta entonces habia versado sobre *pequeñeces* del pasado se alzó y dirigió sobre las *pequeñeces* del porvenir y quedó fijada en este interesante punto y extremo:—cual de los dos generales habia de obtener el baston de mando como capitan general de la empresa, descontando las candidaturas del duque de Alba, el marqués de Mondejar y el Principe de Salerno, también ilustres generales de los ejércitos imperiales, pero á quien Carlos V no habia confiado la direccion como al marqués del Vasto y Hernando de Alarcón. Apostaban y juraban los amigos del marqués del Vasto, que respecto de eso no existia duda alguna, pues aunque no se habia hecho explicito el nombramiento, el marqués era de categoria superior á Alarcón, y desde el comienzo de la campaña venia ejerciendo de jefe indiscutible. Los amigos de Alarcón respondian que la facultad concedida á éste por el Emperador para reconocer y alterar las defensas le constituia

encierta superioridad respecto de su amigo. Aumentaba la confusion de unos y otros el hecho indiscutible también, porque estaba á vista de todos, de que el Emperador disponia y resolvia sin consultar con uno ni con otro, y aseguraban los que pasaban por mejor informados que todo estribaba en que Carlos V se habia reservado para sí el mando de jefe. Los piques y dudas de unos y otro llegaron á oídos del Emperador; el cual entonces más que nunca extremó sus atenciones con el marqués del Vasto y el de la Valle Siciliana, evitando cuidadosamente el que ni ellos ni ninguno de los generales llegase á traslucir á cuál de los dos preferia. A tal extremo llegaron las cosas, que un día se reunieron con el marqués de Aguilar, los capitanes don Juan de la Cueva, Pedro Juárez, Garcilaso de la Vega, Cristóbal de Bedmar y Martín Alonso de Zambrana, y propusieron recabar del Emperador una respuesta concluyente que viniese á desvanecer las dudas y recelos de los soldados y los piques de los oficiales. Llevó la voz por todos don Juan Manrique, marqués de Aguilar, el mismo que algunos dias después habia de cubrirse de gloria en la batalla campal contra *Barbarroja*, animando al reducido ejército cristiano, que reculó ante los muros de Túnez, al ver tan espesa nube de enemigos.

—Desde las Navas acá no se vió tan numerosa morisma, dijeron los peones. A lo que contestó Aguilar:

—“¡Mejor!, á más moros, más ganancia.”

Llegados á la tienda en que entonces se hallaba el Emperador, el marqués, despues de pedir su venia, le dijo resueltamente:

—Señor, el ejército desea saber quien tiene el baston de mando como generalísimo en esta empresa, y nosotros entendemos que el saberlo y propagarlo será servicio de Dios y de V. M.

Levantábase en medio de la tienda un modesto Crucifijo de madera, y alzando la cabeza el Emperador, dijo á los que le escuchaban:

—El general de esta empresa es *Aquel*— y fijó los ojos en la divina imagen,— *de quien yo no soy sino alferéz.*

Añaden las crónicas que la respuesta del Emperador cundió como una centella entre el campamento, y dió spertó en todos los ánimos sentimientos de entusiasmo y de admiración; y que por de pronto nadie se atrevió á replicar; y como en adelante se ejecutase con aprobacion, así lo que mandaba el marqués del Vasto, como lo que disponia Alarcón, cesaron los motivos de rivalidad entre los dos generales

V

¿Fué habilidad del Emperador? Sí; y nunca se mostró más político que entonces, apagando aquel fuego que amenazaba destruir reputaciones y créditos, y nunca se mostró más profundo conocedor del corazón humano. Y nunca pudo imaginar respuesta que mejor cuadrase á las ambiciones justas y honradas de tantos Príncipes, grandes y generales como le acompañaban, entre los que sobresalian además de Vasto y Alarcón, el duque de Alba, el conde de Benavente, el Principe de Salerno, los marqueses de Mondejar, de Villafranca, Aguilar y cien más. Y nunca se ganó mejor que entonces el amor de sus *leones Españoles* y el respeto y la admiración de los extranjeros.

De donde habrá que convenir en que el confesar á Jesucristo, es el colmo de la habilidad y de la diplomacia y el secreto de la más alta política.

Cristobal Botella y Serra

El precedente relato tomado de la coleccion de cuentos y novelas cortas que con el título de *Sin pretensiones*, acaba de dar á luz la correcta, facil y bien intencionada pluma de nuestro querido amigo, es una pequeña muestra de lo que su trabajo vale. No abundan los libros de este género y por eso es de alabar el generoso esfuerzo del literato católico que procura llenar este vacio.

Nuestros plácemes al Sr. Botella, cuya obra recomendamos eficazmente á nuestros lectores, porque es muy sabrosa, muy sana, y llena muy bien su cometido.

Véase su anuncio en la sección bibliográfica

SUSCRIPCION

PARA SOCO-

RRRER Á D. BERNARDO SANTIAGO FRANCO POBRE, ENFERMO Y CESANTE, POR HABER INVENTADO Y PROPAGADO LA COLOCACION DE PLACAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESÚS EN LAS FACHADAS DE LAS CASAS.

	Pts.	Cms.
Suma anterior. . . . .	2202	73
D. Miguel Durán		50
» Pedro Juan Beltran, Pbro.		50
» Francisco Velasco, Pbro.	2	
Sra. Presidenta de la Archicofradía del Sdo. Corazón (Alberca) y Junta de Sras. Celadoras de Alberca		5
Un Suscritor de Barcelona	I	
D. Raimundo Perez Martinez	I	
» José M <sup>a</sup> . Gimenez	I	
» Pedro Aguilar	I	
» Felix Gili	I	
» Enrique Garrido	I	
» Jaime Triay		50
» Emilio Villalonga		25
» Juan Fout		25
Varios Socios de S. Vicente de Paul (Cervera del Rio)	8	
D <sup>a</sup> . J. de A. y T. (Calahorra)	10	
Suma. . . . .	2236	73

Se concluirá.

BIBLIOGRAFIA

SIN PRETESIONES (Coleción de cuentos y novelas cortas) por Cristobal Botella Serra.—Un tomo en cuarto de mas de 200 páginas excelentemente impreso en buen papel, dos pesetas en rustica. Los pedidos al autor, Plaza del Progreso 16.—Madrid.

LA LECTURA POPULAR

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion. Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentandola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 » »
Un cuarto id. . . . .	1 » »
Un octavo id. . . . .	0.50 » »

Por medio de correo postal se cobra á la suscripcion mensual, siembra para la primera.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de esta publicacion, en la calle de la Puerta de San Geronimo, número 46, principal, y en las demas oficinas catolicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.